

muchos de ellos fugitivos á buscar el asilo de aquellas inaccesibles quebradas. Los capitanes D. Miguel Caldera y D. Bartolomé de Arisbaba llegaron hasta Guazamota, que hoy queda fuera de los límites de la provincia. El segundo, con la buena acogida que le hicieron los nayaritas, y aun ayuda que le dieron para castigar á los apóstatas y donacion de sitio para el pueblo y mision de franciscanos que allí dejó fundada, se creyó bastantemente autorizado para hacer grabar en una piedra esta inscripcion, mas llena de jactancia que de verdad.

„*Gobernando el reino de Nueva-Vizcaya el Sr. D. Gaspar Alvarez y Salazar, por su orden el capitan D. Bartolomé de Arisbaba, mandó hacer estos borrones, y conquistó esta provincia de Sr. S. José del Gran Nayar, la atrajo y redujo á la obediencia de S. M., año de 1618.*”

Por los de 1668, de vuelta de California, salieron de Sinaloa á la provincia de Aconeta los reverendos padres Fr. Juan Caballero y Fr. Juan Bautista Ramirez, del orden seráfico, y de ahí pasaron á la vecindad del Nayarit, aunque no penetraron en lo interior del pais. De esta jornada hablamos de paso á su tiempo, ni pide aquí mas largo examen. Desde esta época hasta el año primero no se tomó providencia alguna para la reduccion de estas gentes. El primero que la emprendió por orden de la audiencia real de Guadalajara, fué D. Francisco Bracamonte; pero con tan poca advertencia ó tanta confianza en la aficion que le habian mostrado algunos de aquellos indios, que con solos once hombres se entró cuasi hasta las puertas de sus sierras. Bien presto espermentó que la benevolencia interesada de los nayaritas no llegaba hasta quererlo ver en sus tierras. Muertos él y siete de sus compañeros, solo escaparon de su furor dos eclesiásticos que le acompañaban y otro mal herido que pudo ocultarse en la maleza. Segunda vez con cien hombres de armas envió la misma real audiencia á D. Francisco Mazorra. No fué la espedicion tan desgraciada; pero igualmente inútil. Este caudillo, llegando á aquellas fragosísimas quebradas, juntó consejo de guerra en que de comun acuerdo se resolvió no ser posible con tan poca gente reducir aquel pais tan defendido de la misma naturaleza. Vengada así la muerte de su antecesor, volvió á Guadalajara. Empeñada aquella real audiencia y el Exmo. Sr. duque de Alburquerque en apartar de en medio de la cristiandad aquel refugio de la idolatría y de la impiedad, se valieron por dos ocasiones de los reverendos padres franciscanos, y por otras tantas de la esperiencia y valor de algunos capitanes. Todo lo impedia la fiereza y obstinacion de

los indios y la aspereza del terreno. Por los años de 1711, á ruegos de la real audiencia, y por real cédula espedida en 31 de julio de 1709, se encomendó la reduccion de la provincia al celosísimo y venerable padre Margil de Jesus, misionero apostólico. Intentó el venerable padre la entrada por el pueblo de Guazamota, antigua mision de los padres seráficos de la provincia de Zacatecas con otro compañero sacerdote y algunos indios de los pueblos vecinos que le sirvieron de intérpretes. Desde la Guazamota les envió á los nayaritas un cacique declarándoles el fin de su venida. La respuesta fué que no querian ser cristianos, que sin los padres y los alcaldes mayores estaban en quietud, y que primero se dejarian morir que hacerse cristianos. Sin embargo, se puso en camino el hombre de Dios para penetrar la sierra; pero hallaron mas de treinta indios armados para rechazarlos. El venerable padre corrió á abrazar amorosamente al que capitaneaba la tropa, y luego, por medio del intérprete, les hizo un breve, pero patético discurso del grande bien que venia á procurarles, sacrificando su sangre y su vida, sin otro interés que el de su eterna felicidad. Les propuso las condiciones mas ventajosas, perdon de lo pasado, alivio de toda carga, y que vivirian bajo el gobierno de sus caciques. Nada bastó: respondieron con la misma resolucion que no querian ser cristianos, y que tenian orden de no dejarlos pasar de allí. Que si vinieran los españoles á querer entrar por fuerza, ellos sabrian defenderse, y no les faltaria socorro de muchos pueblos cristianos.

Esta respuesta orgullosa dió á conocer á los misioneros lo que podian prometerse de aquellos obstinados. Trataron, pues, de volver á Guazamota é informaron al acuerdo de oidores del poco fruto de su jornada, y que solo con el terror de las armas podrian sujetarse los serranos. En consecuencia de estos informes, la real audiencia cometió la accion á D. Gregorio Matias de Mendiola, quien con mas de treinta soldados españoles y cien indios amigos pasó á Guazamota en principios de noviembre de 1715. En esta espedicion le acompañó, como dejamos notado á su tiempo, el padre Tomas Solchaga, por orden del Illmo. Sr. D. Pedro Tapiz, obispo de Durango, por no estar aun decidido á cuál de las dos mitras debia pertenecer la provincia. Desde Guazamota se les envió una embajada, á que respondieron pidiendo diez dias de término para juntar el grueso de la nacion, y deliberar sobre el negocio. Antes de espirar este plazo, pidieron otros diez dias, y finalmente vinieron en conceder la entrada á lo interior de la sierra, que se ejecutó con el

mayor orden y precaucion, como en tierra enemiga, el 14 de enero de 1716. Despues de varias visitas, habiendo venido al Real los caciques y ancianos, se les propuso el fin de la jornada, que solo era atraerlos por todos los caminos de suavidad y dulzura al conocimiento del verdadero Dios, y obediencia de los reyes católicos. En quanto á lo segundo, dijeron estar prontos; pero que admitir una nueva religion, no podian hacerlo sin degenerar de los ritos y costumbres de sus mayores y sin desagradar al sol, y esponerse á los mas graves castigos de este y los demas dioses que habian venerado hasta entónces. En todo el tiempo que se mantuvo allí el campo, tanto por parte del general, como del padre, se les habló muchas veces sobre el asunto, sin poder sacar otra respuesta. Esto, y el continuo peligro en que estaba la tropa, especialmente en la noche, en medio de una multitud de ébrios, que como se tuvo noticia, no anhelaban sino por tener algun leve motivo de rompimiento, determinó á D. Gregorio Mendiola, á volver á Guazamota, despues de haberles hecho prestar obediencia á S. M. católica. El padre Tomás Solchaga, informando de la jornada al Sr. obispo de Durango, dice así con fecha de 25 de febrero de 1716: „En quanto á la reduccion de los nayaritas á nuestra santa fé, juzgo que nunca lo harán espontáneamente, porque entre ellos viven muchos cristianos apóstatas de todos colores, y esclavos fugitivos, y estos, por conservar la libertad de conciencia les inducen á que no se conviertan, ponderándoles las vejaciones que han de padecer de los justicias seculares, y de los ministros evangélicos. La obediencia que han dado al rey no pasa de pura ceremonia, pues jamás obedecen sus mandatos ni dejan de admitir á los apóstatas rebeldes de la corona; ni quieren entregarlos, ni admitir sacerdotes que administrasen á los cristianos allí refugiados. Esto, y el haber no solo hecho daño en los lugares vecinos, sino el estar siempre prontos á admitir á los apóstatas y otros delincuentes, parece que basta para hacerles guerra muy justa. Los indios de este pueblo, apenas reconocen sujecion por el refugio que tienen en estos barrancos, y esto les da osadía, no solo á los indios, sino á mulatos y españoles para cometer muy enormes delitos; y no solo vimos entre los nayaritas tres hermanos españoles, sino que nos aseguraron que fuera de los muchos que viven desparramados en las rancharías, hay una por el Sur que sale á Tepic, donde viven mas de trescientos apóstatas de todos colores, y la facilidad y seguro de este asilo, ha dado ocasion á las sublevaciones de estos años pasados. Por tanto,

tengo por necesario sean obligados los nayaritas á tres puntos. Primero: que no admitan cristiano alguno fugitivo en sus tierras. Segundo: que entreguen á todos los apóstatas que hubiese en ellas. Tercero: que en caso de que por haber contraido con ellos parentesco, ó haberles nacido allí hijos ó cosa semejante no quieran enfregarlos, admitan sacerdotes que instruyan, y que administren á dichos cristianos.

Tal fué el dictámen de aquel docto y experimentado jesuita; sin embargo, Dios dispuso de modo mas suave lo que hasta entónces habia parecido imposible á toda humana industria. La osadía y orgullo de los nayaritas habia crecido tanto, que sus sierras no eran ya sino una cueva de ladrones y asesinos que tenian en continuo susto á los pueblos vecinos. No pudieron sufrir mas este ultraje las poblaciones fronterás al lado del Poniente y costa del mar pacífico. Resolviéronse á castigar aquellos salteadores, y juntos en buen número, los acometieron y derrotaron con muerte de algunos pocos. Tomaron prisioneros algunos niños que repartieron entre sí en varios pueblos, y dos adultos que enviaron presos á Guadalajara. No era esto lo mas sensible á los nayaritas, sino que rota la guerra por aquella parte, se les esclucia enteramente del comercio de la sal, que era á la nacion de mucha utilidad. Para tratar de alguna composicion en este punto y del rescate de sus hijos, bajaron al pueblo de S. Nicolás á verse con D. Pablo Felipe, cacique de aquellas fronteras. Por este tiempo habia venido nueva cédula del rey al Exmo. marqués de Valero, muy apretante sobre la reduccion del Nayarit. El diligente virey, fió la cosa á la prudencia y discrecion de D. Martin Verdugo, corregidor de Zacatecas, y este escogió para la empresa á D. Juan de la Torre y Gamboa, noble vecino de Jerez, y tan amado de los nayaritas, que le habian instado muchas veces que se pasase á vivir á sus tierras, obligándose á mantenerlo á sus espensas, si llegase á no poderlo hacer por sí mismo. Este antiguo convite le pareció por ahora aceptar á D. Juan de la Torre, y consultado el Sr. virey, que con el título de capitán protector le habia señalado el sueldo de *cuatrocientos cincuenta pesos*, se determinó para practicarlo con acierto, de escribir á D. Felipe para que de su parte procurara ir disponiendo los ánimos de aquellos gentiles. Justamente se hallaba con este encargo, cuando llegaron los nayaritas á proponerle sus quejas de los habitantes de la costa. El prudente y fiel cacique se mostró muy interesado en su desgracia: les prometió que haria quanto estuviere de su parte para el feliz éxito de sus pre-

tensiones; pero (añadió) el camino mas breve y mas seguro, seria presentarse alguno de vosotros al virey de México, cuya autoridad sola podria libertarlos para siempre de semejantes agravios: que á ellos seria mas fácil la entrada, y mas pronto el favor en el palacio de México, con el amparo y proteccion de D. Juan de la Torre, de cuyo constante afecto para con ellos no dudaba que á la menor insinuacion que le hicieran, se avendria á acompañarlos y presentarlos á su excelencia. Pareció tan bien el consejo á los nayaritas, que sin ofrecerles dificultad alguna, resolvieron el viage, y para autorizarlo mas, quisieron que fuese el gefe de la embajada el cacique de la Mesa, que era el principal de la nacion, y á quien estaba vinculada la dignidad de sumo sacerdote del sol. Otros cincuenta caciques se nombraron que le acompañasen, y por fines del año de 1720 partieron á Jerez para persuadir á D. Juan de la Torre quisiese favorecerlos en una accion tan desusada. El capitán, aunque nada deseaba mas, sin embargo, pareció sorprendido de la propuesta, y mostró dificultad en emprender un viage tan molesto y prolijo, protestando que solo por el amor que tenia á la nacion, y por corresponder á su confianza, se esforzaria á vencer los mayores embarazos. Habiéndolos así empeñado mas, apresuró la jornada á Zacatecas. El corregidor D. Martin Verdugo y los mas distinguidos republicanos, se esmeraron en honrar á *Tonati* (este nombre daban al sacerdote del sol) * y á los demas de su caravana, á quien D. José de Urquiola, *conde de la Laguna*, proveyó de cincuenta iguales vestidos con que pudiesen parecer en la corte de México.

Llegaron á ella por febrero del año de que tratamos el cacique de la Mesa y otros veinticinco, (por haberse despedido los demas desde Zacatecas) acompañados del cacique de S. Nicolás, y de los capitanes D. Juan de la Torre y D. Santiago de la Rioja. Se les habia preparado un decente alojamiento por orden del virey, que en la sazón se hallaba en Jalapa. Luego que volvió, mandó hacer á *Tonati* un costoso vestido á la española, y capa de grana con galon de oro, y le regaló una silla ricamente bordada, y todo ajuar de montar á caballo. En la primera audiencia, el cacique presentó al virey en señal de reconocimiento el baston de que usaba con puño de plata, y su excelencia le volvió otro con puño de oro de China, curiosamente labrado, admitiéndolo.

* Tal era el nombre del sol. Al capitán Pedro Alvarado, porque era rubio, le llamaban los indios mexicanos *el capitán Tonatiuh*.—EE.

lo á la obediencia del rey de España, prometiéndole á él y á todos los suyos en nombre de S. M. todo el favor que necesitasen sin perjuicio de la justicia. No tocó el prudente virey en esta primera audiencia el punto de religion; pero en la segunda, á los despachos favorables de sus pretensiones, añadió un papel mostrándoles el error en que vivian y que en vano esperarían en lo de adelante su proteccion y la del rey su amo, mientras no detestasen sus errores y se sujetasen al suave yugo de nuestra santa ley. El contenido de este papel, traducido fielmente por el cacique D. Pablo, sorprendió algun tanto al *Tonati*; sin embargo, el respeto, el agradecimiento y quizá el temor, le sacaron de la boca algunas espresiones en que pareció dar esperanzas de reducirse y de cooperar á la reduccion de los suyos. De las turbadas palabras del cacique, que quizá sazonó mas á gusto del Exmo. virey el buen celo del intérprete, tomó ocasion el virey para proceder á tratar de conversion. Se sabia que en otro tiempo los mismos nayaritas habian declarado á la audiencia real de Guadalajara, que en caso de convertirse y entregarse á la direccion de algunos padres, habian de ser los *prietos* (así conocian á los jesuitas.) En esta atencion, el Sr. virey, despues de tratado el negoció con el Sr. arzobispo D. José Lanciego, á quien remitió tambien los caciques, mandó llamar al padre provincial Alejandro Romano, y le suplicó quisiese la Compañía encargarse de aquella tan difícil y peligrosa, cuanto gloriosa conquista, y proveer desde luego para ella dos misioneros.

No pudo el padre provincial dejar de representar con la mayor veneracion ciertos inconvenientes, los que desvanecidos por su excelencia, señaló luego el dia 19 de marzo á los padres Juan Tellez Giron, que se hallaba en México, y á Antonio Arias de Ibarra, que administraba la mision de Chinervas. El padre provincial dispuso á los nayaritas un banquete espléndido en el Seminario de S. Gregorio, y con ocasion de darle á entender (á *Tonati*) lo que allí trabajaban los jesuitas por el bien de los indios, se introdujo suavemente á persuadirle y exhortarle á que diese á toda la ciudad de México un día plausibilísimo, y á los suyos un grande ejemplo abrazando nuestra religion, y recibiendo el bautismo. Nada se pudo conseguir del *Tonati*, sino promesa de que lo haria en Zacatecas; promesa que creida por el virey, escribió al conde de la Laguna para que le apadrinase en su nombre; pero el cacique astuto, supo á su tiempo impedir la entrada en Zacatecas, y componer la palabra, con lo que no sin fundamento le dictaba su temor.

Se hace cargo la Compañía de la reduccion de los nayaritas.

A D. Juan de la Torre se dió el título de gobernador de la sierra del Nayarit, con órden de reclutar en Zacatecas y en Jerez cien hombres de armas, que sirviesen de presidio y de escolta á los misioneros evangélicos y á los mismos nayaritas que quisiesen abrazar el cristianismo. Privadamente se le encargó al capitán, que con industria y modo detuviese consigo á *Tonati*, y no le permitiese entrar á sus sierras ántes que pudiese seguirlo la tropa. Nada de esto se ejecutó como se habia pensado. El *Tonati* amedrentado por las amenazas de los suyos, que habian llevado mal su condescendencia en admitir misioneros y soldados, luego comenzó á eludir la entrada en Zacatecas, donde habia prometido bautizarse. Se valió del especioso pretexto del tiempo de la siembra, que ya instaba á los suyos, y que por tanto, llevarian pesadamente cualquiera detencion, y que su desabrimiento podia costarle la vida. Así hubo de apartarse para aquella ciudad el padre Juan Tellez Giron: mientras se juntaba la tropa y el capitán con los caciques, pasó derechamente á Jerez. Con toda la sagacidad y buenas artes de D. Juan de la Torre, no pudo conseguir que aun allí se detuviese algunos dias el *Tonati*, mientras se reclutaba siquiera alguna parte de los soldados. Comenzó á dudar de la mala fé de aquellos bárbaros; pero por no declararse, ó no perder del todo su amistad, hubo de dejarlos ir solos contra las órdenes del virey, esperando seguirlos muy presto. En efecto, dejando ordenada la recluta en Jerez, que fué de cincuenta hombres, á cargo del capitán D. Alonso Reina de Narvaez, partió á Zacatecas, donde en pocos dias se completaron los otros cincuenta al mando de D. Santiago de Rioja y Carrion. Se bendijo solemnemente el estandarte en nuestro colegio el dia 23 de julio: salió la pequeña tropa para Jerez, en compañía del gobernador y del padre Juan Tellez, á quienes alcanzó poco despues el padre Antonio Arias. En estos principios, dos diversos acontecimientos estuvieron para trastornar la empresa. El primero fué causado de algunos émulos del nuevo gobernador, que informaron al virey para que lo despojase del mando; mas su excelencia se lo confirmó de nuevo. El segundo fué un peligroso accidente, que parte la pesadumbre, parte el cuidado de la empresa acarrearón al mismo gobernador trastornándole el juicio, sin dejarle al dia sino muy cortos intervalos de razon. Se avisó prontamente á México; pero ántes de tomarse providencia alguna mejoró de modo, que pudo seguir la marcha á *Guajuquilla*. Aquí se comenzó á descubrir la mala fé de los naturales. Se observó que

no habian enviado alguno que en nombre de la nacion visitase al gobernador y se sabia que desde la vuelta del *Tonati* no salian á comerciar fuera de las sierras: que hacian mucha prevencion de armas: que convocaban los pueblos vecinos, y determinadamente al de *Cuameata*: que á los caciques de este pueblo tenian citados y persuadidos á apoderarse de la persona de D. Pablo Felipe, y conducirlo preso á la Mesa. Entre tanto, dispuso el Sr. virey que el conde de la Laguna tomase el mando de la expedicion del Nayarit, caso de no poderla gobernar por su enfermedad D. Juan de la Torre. El conde, procuró prudentemente informarse de los padres y de los oficiales del estado en que se hallaba el gobernador. Los primeros respondieron de modo que se conociera que no querian tomar partido: los segundos, no tan recatados, se esplicaban con mayor claridad, unos en favor y otros en contra, que fueron el mayor número. Por sus informes el conde de la Laguna se resolvió á venir á *Guajuquilla* y tomar posesion de su empleo, con mas brevedad de lo que permitia la cualidad del negocio. La tropa se dividió en facciones, se proponian diversos arbitrios, y ninguno se resolvia, hasta que el mismo conde, observando por sí mismo la regularidad constante de muchos en las conversaciones y operaciones del gobernador, tomó el partido de retirarse á *Guajuquilla*. En efecto, aunque el accidente habia acometido diferentes veces á D. Juan de la Torre, en la actualidad parecia haberse retirado por la postrera vez. El habia despachado correos á todos los pueblos de las fronteras, solicitando gente y bastimentos, y otro *cora* de la nacion á los nayaritas para que les acordase sus promesas y los atrajese blandamente á su cumplimiento. Por un raro efecto de la confianza del gobernador, despues de haber movido de *Guajuquilla* (su campo) el 26 de setiembre vino á alojarse el 1.º de octubre en un incómodo y peligroso sitio que los mismos bárbaros quisieron señalarle. A pocos dias, obligado de la suma estrechez del alojamiento y de la falta de pastos, y desengañado tanto por su propia esperiencia, como por avisos de los indios aliados de la obstinacion y mala fé de los nayaritas, hubo de mudar el campo á *Peyotan*, cinco léguas al Norte de donde se hallaba, y siete de Guazamota. En este puesto se mantuvieron del 11 al 19 de octubre. Entre tanto, venian á visitar al gobernador y á los padres muchos caciques, y entre sí habian tenido diversas juntas sobre el partido que debian tomar para acabar con los españoles. Resolvieron enviar un principal cacique llamado Alonso, encargado de decir al gobernador, que habian

sentido mucho desamparase aquel sitio tan cercano á la Puerta donde ya habia llegado el *Tonati* y los ancianos de la nacion para dar solemnemente la obediencia á S. M. católica: que sin embargo estaban prontos á hacerlo en *Coaxata*, donde la habian dado ya en otro tiempo. El bárbaro embajador, para demostrar la sinceridad de su propuesta, añadió que aquella tarde misma enviaria dos de sus hijos que los condujesen por el mejor camino. Para llegar á *Coaxata*, habian de pasar forzosamente nuestras gentes por *Teaurita*, paso estrecho, montuoso y muy propio para acometer improvisamente, como lo tenian dispuesto. Marchó el campo el 26 de octubre: el gobernador tuvo la precaucion de ir dejando alguna guarnicion en los lugares mas estrechos y peligrosos, para que en caso de traicion no se le pudiese impedir la retirada; pero no tuvo la de asegurar á los dos hijos del cacique D. Alonso, que despues de haberlos conducido por sendas estraviadas y propias para destruir las cabalgaduras, se pasaron impunemente á los suyos que aguardaban emboscados en *Teaurita*. Aquí repentinamente con un espantoso alarido, salieron de las breñas los bárbaros y comenzaron á llover de las alturas innumerables flechas. Esta primera descarga causó alguna confusion en nuestras gentes, y mucho espanto en los caballos. Se perdió todo el órden de la marcha, á que no estaban muy acostumbrados. Los salvages, cobraron con esto mayor aliento, y ya trataban de acercarse. Sus brios duraron mientras pudo hacer la compañía que marchaba por delante una regular descarga. El espanto y el estrago animaron á los soldados, y la esperiencia de la debilidad de las flechas, que tiradas desde léjos, ó eran llevadas del viento ó hacian muy poco daño. Dentro de poquísimo tiempo no quedó mas bárbaro en el campo que el cacique D. Alonso; pero aun este trató de retirarse bien presto. No se sabe el número de los muertos, y heridos entre los gentiles; seria poco mas ó ménos que entre los españoles que fué uno, y entre estos mas picados que heridos de algunas flechas. Los nuestros volvieron á *Peyotan*, con tanta quietud, como si caminaran por la tierra mas pacífica. De aquí se trató de acometer al cacique de la Puerta que tenia mucha parte en la traicion. Al primer alarido de los aliados, huyeron el cacique y sus gentes, no con tanta felicidad, que él con otros tres adultos, y como unos diez y siete, entre mugeres y niños, no cayesen en manos de los indios amigos por engaño de un cacique, á quien se dieron sin resistencia. El pago de este rendimiento, luego que estuvo en la presencia del cabo, fué quitarle un cin-

to de plata con que sujetaba el pelo, y amenazarlo de mil maneras diferentes para obligarlo á manifestar los tesoros que no tenia. Lo demas de la tropa é indios confederados, se ocupaban en la fábrica de dos torreones de piedra y lodo con troneras de todos lados y de trincheras, aunque débiles, suficientes para asegurarse de algun susto repentino. Se enviaron algunos soldados por carnes y bastimentos, de que se comenzaba á padecer faltas; pero estos destacamentos la hacian tambien notable para caso que los indios (como se habia traslucido) intentasen acometer el Real. Se perdió la esperanza que se tenia de un buen número de soldados, que mantenidos á sus espensas habia pensado traer el capitán D. Luis Ahumada.

Por tanto, se hubo de pedir socorro á *Zacatecas* y á *Jerez*, de donde llegaron á fines de noviembre treinta hombres conducidos por el capitán D. Nicolás de Escobedo, y veinticinco á cargo de D. Nicolás de Calderon. Con la noticia de este refuerzo, los *nayaritas* y cuasi todos se habian retirado para mayor seguridad á la Mesa, trataron de ocupar un picacho mas cercano á *Peyotan*. Creian los españoles que esto lo hacian por impedirles el paso, ó por asegurarse de aquel punto ventajoso, pero no lo hicieron, sino por sacar de allí á un anciano que querian elevar al sumo sacerdocio en lugar del antiguo *Tonati*, á quien intentaban matar por creerlo no muy desafecto á los españoles. Tenida una junta, se determinó el gobernador á atacar á los indios en el nuevo puesto. Se enviaron dos compañías favorecidas de la noche; pero no pudieron ocultarse á las espías enemigas que levantaron luego el alarido. Los bárbaros se acogieron á lo mas alto y escabroso de la montaña, donde no podian ofender ni ser ofendidos. Algunos por precipicios y quebradas tomaron el camino de la Mesa. De estos, se apresaron dos, con tal fortuna, que el uno de ellos era justamente el que pensaban y tenian ya destinado al sumo sacerdocio. Los españoles, no hallando subida proporcionada, se contentaron con reconvenir y requerir de paz á los salvages. Bajaron algunos de ellos sin la menor desconfianza, y entraron en conferencia con D. Nicolás Escobedo; pero su respuesta fué remitirse á la junta general de la nacion, sin cuyo arbitrio nada se atrevian á determinar.

Los padres Antonio Arias y Juan Tellez Giron, en medio del ruido de las armas no habian dejado de promover de su parte la obra de Dios. Entre neutrales, entre prisioneros, entre otros mas cuerdos, que, ó por decilidad de génio se dejaban atraer de sus caricias, ó por un prudente

temor querian no experimentar mayores males, se habian congregado ya en Peyotan al pié de cien nayaritas. Habia entre ellos algunos caciques de buena opinion por su valor y no vulgares talentos, llamados Juan Lobatos, Domingo de Luna, y el Tactzani, que despues se llamó Francisco Javier. Habiéndose probado bastantemente la sinceridad de su reduccion, y reconoció su celo por la del resto de sus naturales, trató el padre Antonio Arias de formar con estos catecúmenos el primer pueblo, á quien se dió el nombre de Sta. Rita, por la particular devocion que á esta Santa tenia el gobernador. El padre, como hombre ya muy experimentado en las misiones de Nueva-Vizcaya en el arte de manejar á los salvages, fué lentamente introduciendo en los nayaritas todos los ejercicios de una bien arreglada mision. En este tiempo, habiéndose ya restituido al real las tropas pequeñas que habian salido en busca de viveres; y no pudiéndose proceder á alguna accion hasta nuevas órdenes que se esperaban del virey, trataron de volver á sus puestos las dos compañías auxiliares. El marqués de Valero, viendo la lentitud con que caminaba la conquista, y atribuyéndolo á la enfermedad del gobernador, trató de llamarlo á México con el pretexto de informarle verbalmente del estado de las cosas, y restablecerse allí de su salud, enviándole por sucesor al capitán D. Juan Flores de S. Pedro.

1722.

El nuevo gobernador llegó á Peyotan á 4 de enero del siguiente año de 1722, y trató luego de asaltar la Mesa atacándola por todas partes, para lo cual envió ántes de ocupar el sitio de *Cuaimaruzi*, como á veinte leguas del Noroeste del pueblo de Santa Rita. Mientras se daban las providencias para el asalto, envió á requerir por tres ocasiones á los enemigos. De la primera no trajeron respuesta positiva: de la segunda se recibió mucho consuelo con la noticia de que dos caciques principales habian resuelto á venir á dar la obediencia, y se creía que los demás seguirian bien presto su autoridad y ejemplo. Fué tan al contrario, que aféandoles los demás la indignidad de la accion y tratándoles de traidores y cobardes, los dos caciques sonrojados prometieron ser los primeros que muriesen ántes que entregarse en la defensa de aquel sitio. Esta fué la respuesta á la tercera embajada, con la cual se resolvió la marcha para el dia 14 de enero. Habia precedido poco ántes que cayese en manos de los españoles, un correo que los bárbaros habian enviado á Guadiana (Durangó) para solicitar el socorro y alianza de los tobosos. Por el prisionero se supó que no habia

tenido efecto su negociacion, lo que dió mayor aliento á nuestras gentes. El gobernador, con los capitanes D. Antonio Reina, D. Cristóbal Muro, cincuenta españoles y competente número de flecheros, debia avanzar por el lado del Poniente, y por el lado del Levante D. Nicolas Escobedo con el teniente D. Juan Orendain y otros tantos hombres de armas para divertir las fuerzas del enemigo y cerrarles la retirada que no se creia pudiesen hallar por otra parte. El gobernador publicó órden en que fijaba el asalto general para el dia 17. D. Nicolas Escobedo le representó privadamente que el camino era muy desigual: que él y sus gentes que no tenian que caminar sino de trece á catorce leguas, llegarían naturalmente mucho ántes que su señoría que tenia que andar mas de cuarenta: que en aquel interválo de uno ó dos dias que esperase en la falda, se le podia ofrecer proporcion ú obligarlo alguna contingencia á empeñarse en la subida: que se lo prevenia porque no pareciese que contravenia á sus órdenes por falta de respeto ó de disciplina. El gobernador le respondió con algun enfado ó ironía, que subiese si podia, añadiéndole que en tal caso hiciese seña con una luminaria en un alto que hay en medio de la Mesa. Llegaron á ella efectivamente el mismo dia 14 al anochecer las gentes de Escobedo, quien luego procuró tratar de paz con algunos caciques mas racionales que estaban en la Mesa que llaman del Cangrejo. Tenialos ya el *Tactzam* persuadidos á bajar y entregarse; pero su natural inconstancia y timidez les impidió ejecutarlo, y lo mas que pudo conseguir de ellos el capitán, fué que se mantendrían neutrales en la accion. Los de la Mesa, al dia siguiente ántes de ponerse el sol, enviaron al capitán Escobedo un cacique asegurándole que al otro dia bajarían á dar la obediencia al rey; pero que le suplicaban no pasase adelante ni moviese del sitio en que se hallaba.

Esta intempestiva súplica dió mucho que sospechar á los españoles, y el temor de ser acometidos en un puesto tan incómodo, ó por mejor decir, el deseo que tenian de subir á la Mesa ántes que el gobernador y arrogarse toda la gloria de la accion, les hizo creer que tenian sobrado fundamento para recelar de la embajada. Se juntó consejo de guerra, y quedó resuelta la subida para la mañana. A la punta del dia, despues de invocado el socorro divino, comenzaron á subir amistosamente; pero siéndoles de mas impedimento que provecho los caballos, hubieron de dejarlos en una ladera del monte con algunos soldados é indios de guarnicion á cargo del alférez D. José Carranza y

Guzman. Los demás prosiguieron su marcha subiendo cada soldado en medio de dos indios flecheros, donde no lo impedía la angostura de las veredas. Había que luchar al mismo tiempo con las breñas y las malezas, con las peñas y troncos de árboles que atajaban el paso, con las flechas que llovían de todas partes, con las piedras que disparaban de las hondas, y con los peñascos que rodaban con inmenso estruendo desencajando los árboles y cuanto encontraban á su paso. Un golpe de estos dejó sin sentido por largo rato al cacique D. Pablo que avanzaba con valor entre los primeros. Con algunas descargas de flechas de los nuestros y tiros de fusil interrumpidos con orden, se apartaban los indios, se tomaba alguna respiracion y se avanzaba mucho camino. La parte superior del monte la habian fortificado mas los indios, formando de trecho en trecho estacadas en que fácilmente hubieran podido acabar con nuestras gentes, si ó por aviso de alguno, ó por singular providencia no hubiesen tomado otra vereda que por impracticable no habian pensado fortificar. Ya estaban muy cerca de la cima, cuando un cacique á quien llamaban *Tlahuicole*, uno de aquellos que habian querido darse de paz, vuelto á los suyos.... Y bien (les dijo) ¿no era mejor haber admitido una paz honrosa que no rendirse ahora vergonzosamente por fuerza á un puñado de españoles? ¿dónde están ahora los que me trataron de cobarde porque abrazaba la amistad que nos ofrecian? Vengan y síganme, que estoy pronto á cumplir mejor que ellos lo que prometí entónces.... Dichas estas palabras, seguido de algunos pocos, se arrojó como un leon con un alfange en la mano sobre los primeros que subian. Su valor y desesperacion causó tanto pasmo, que, como dijeron despues los mismos españoles, si otros ocho ó diez hubiesen mostrado los mismos bríos, fuera imposible conquistar aquella altura. Al *Tlahuicole* le cegó su mismo furor, arrojándose brutalmente en medio de sus mismos enemigos; no pudo precaver las flechas y balas, de que cayó bien presto atravesado. Su muerte decidió la contienda: al instante cesó el alarido, la lluvia de flechas y piedras, todo quedó en quietud. Los españoles acabaron de subir con la mayor tranquilidad, y luego los que habian quedado con los caballos. Ni era conveniente ni posible seguir el alcance de los fugitivos que con maravillosa prontitud se descolgaban por las rocas mas escarpadas al Sur y al Norte de la Mesa.*

* Este hombre (*Tlahuicole*) nos recuerda la memoria de otro del mismo nombre, capitán de Tlaxcala que derrotó el ejército de Moctezuma II cuando inten-

Al día siguiente llegó el gobernador no poco corrido de habersele arrebatado de las manos la tal cual gloria de aquella accion. Sus celos estuvieron para prorrumpir en una funesta enemistad, que procuró sufocar desde sus principios el padre Antonio Arias. Destacó luego cien hombres que en pocos días trajeron mas de cien prisioneros que se entregaron solo al terror de algunos tiros. Se puso fuego al adoratorio del sol y algunos otros idolillos. Los de la Mesa del Cangrejo que habian guardado exactamente la neutralidad prometida, enviaron al gobernador un cacique ofreciendo venir á dar la obediencia el día siguiente, como lo ejecutaron, mostrándose dispuestos á congregarse en pueblo y abrazar nuestra santa religion. El gobernador pasó poco despues á pagarles la visita, y dejó á su arbitrio la eleccion del puesto en que hubiesen de formar su pueblo. Escogieron el que lo es ahora de Jesus María, y pidieron en recompensa de su docilidad perdón para los que estaban presos en Peyotán y en Zacatecas, y todo se les concedió con benignidad. Al cacique D. Domingo de Luna se dió orden que con las gentes de sus rancherías se pasase á Quaimazuri. La vecindad de este buen indio y la libertad con que podian ocurrir á él sin miedo de los españoles, fué un medio tan suave como eficaz para que se congregasen allí muchísimos otros, de quienes se comenzó á fundar el pueblo de Santa Teresa. A principios de febrero salió de la Mesa el gobernador, y por otra parte el capitán Escobedo, para recoger los fugitivos y dar corriente regular á las comenzadas poblaciones. El gobierno de la Mesa quedó á cargo de D. Miguel Cañas, á quien vinieron á dar dentro de poco la obediencia tres caciques de los principales del país. La corta ausencia del gobernador dió aliento á los de Quaimazuri, mal hallados con la integridad de su cacique D. Domingo de Luna: intentaron darle muerte, y acometida ya la casa y

tó conquistar aquella república. Hecho prisionero en el *Malpais* de Chalco, Moctezuma no quiso sacrificarlo, sino que le dió el mando de un ejército contra el rey de Michoacán en que obró maravillas. Vuelto á México pidió por favor que se le sacrificase en la piedra gladiatoria, donde mató el número de combatientes designado por la ley para quedar libre; no obstante insistió en que se le sacrificase, porque no queria volver á Tlaxcala infamado de cobarde, en lo que convino con suma repugnancia Moctezuma, justo apreciador del valor. La macana ó espada de este nuevo Hércules, que él manejaba á maravilla, apenas la podia cargar con dos manos un hombre forzado. Es de notar que algunos nayaritas tenían el mismo nombre de los antiguos mexicanos, señal de que eran de la misma tribu ó nacion.